

CABRERA - 17 29 ABR 1926

ANGEL CABRERA

SEIS SEMANAS DE EXCURSIÓN ZOOLOGICA EN EL RIF

Extracto del BOLETÍN DE LA REAL SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL
Tomo XIX, 1919 (páginas 431-443).



MADRID, 1919

2110 468

Seis semanas de excursión zoológica en el Rif

por

Angel Cabrera.

(Láminas XIV y XV.)

Durante la pasada primavera, y en cumplimiento de un acuerdo de nuestra Junta directiva, me cupo el honor de ser enviado a la zona del Protectorado español en Marruecos, para continuar la labor de investigación científica que la Real Sociedad Española de Historia Natural viene realizando en aquel país desde hace catorce años, con las necesarias interrupciones ocasionadas por la escasez de medios económicos, ya que para tales trabajos sólo puede contar la Sociedad con sus propios recursos y con el auxilio que generosamente le concede alguna vez que otra el Ministerio de Estado, por no haber arraigado en nuestro país la costumbre, en otros tan frecuente, de que los particulares acaudalados favorezcan y estimulen tan patrióticas y culturales empresas. En el caso presente, como cuando el viaje a Yebala en 1913, los fondos fueron proporcionados por Estado, lo que en gran parte se debe al interés mostrado hacia las tareas de la Sociedad por el Excmo. Sr. D. Dámaso Berenguer, Alto Comisario de España en Marruecos; pero siendo ahora el auxilio mucho más limitado que en la anterior ocasión, hubo también de ceñirse la expedición a más reducidos límites, siendo yo el único naturalista enviado, con un ayudante preparador, cargo que el joven D. Manuel García Llorens desempeñó con plausible celo y singular habilidad.

Los principales objetos que en la expedición se perseguían, eran

el estudio de la fauna de mamíferos del Rif oriental, la recolección de ejemplares de zoología, especialmente de mamíferos y aves, y la obtención de datos sobre los animales domésticos de la región, sobre todo acerca del ganado caballar. El primero y tercer puntos han de ser objeto, juntamente con datos obtenidos en anteriores viajes, de extensas Memorias. En las presentes páginas sólo pretendo dar cuenta de mi excursión, con una idea muy ligera de sus resultados.

Habiendo salido de Madrid el 28 de abril, desembarqué en Melilla el 30 por la mañana, siendo cariñosamente recibido por el elemento civil de la Junta de Arbitrios y Cámara de Comercio, en cuya compañía visité las excavaciones arqueológicas del cerro de San Lorenzo, el bien cuidado Parque Hernández y algunas fundaciones municipales, como los comedores de caridad y la «Gota de leche», verdaderos modelos de instalación que honran a Melilla. El mismo día solicité audiencia del Comandante general, Excelentísimo Sr. D. Luis Aizpuru, quien me la concedió para el siguiente, último del mes. El día 31, pues, tuve el honor de ser recibido por la primera autoridad militar de la plaza, a quien entregué mi carta de presentación del Ministerio de Estado. No diré de esta visita oficial otra cosa sino que en el general Aizpuru, de quien tenía las mejores referencias como militar, encontré todas cuantas bondades y atenciones pueden apetecerse en mi caso, ofreciéndoseme para cuanto pudiera necesitar durante mi estancia en Africa y prometiéndome una escolta de policía indígena, aun cuando el camino que yo había de recorrer podía considerarse perfectamente seguro.

Desgraciadamente, esta escolta no se me pudo dar desde el primer momento, pues aparte de las parejas indispensables para el servicio de los puestos, toda la policía indígena estaba ocupada en las operaciones militares del Guerruao. Esto, y el no haber llegado en el mismo vapor que yo mi material científico y de campaña, me detuvo en Melilla hasta el 5 de mayo, empleando aquellos días en preparativos de viaje y en ponerme en relación con personas que durante el mismo pudieran serme útiles. Entre las que tuve ocasión de conocer entonces, figura D. Guillermo Jiménez Athy, administrador de Correos en Monte Arrui, cazador infatigable que había enviado al Museo Nacional de Ciencias Naturales algunos ejemplares curiosos, y que me invitó a una partida de caza en las cercanías de Seganagan, al S. W. del Gurugú. Aunque la excursión fué puramente deportiva, tratándose, sobre todo, de tirar a las palomas y a las cordonices, me permitió conocer de cerca la kabila de Beni-bu-Ifruur y el aspecto del terreno, allí muy pintoresco por la abundancia de humberas y granados, entonces en flor.

El día 6, con todo el material de trabajo ya preparado, y aunque

no había noticia ninguna de que acabasen o se interrumpiesen las operaciones del Guerruao, salí en ferrocarril para Monte Arrui, con objeto de comenzar allí mi labor mientras esperaba la prometida escolta. Monte Arrui es una posición con poblado europeo adjunto, dominando la inmensa llanura del Garet, desconocida prácticamente antes de la penetración española, aun cuando su nombre aparece ya, como el de un extenso desierto, en mapas del siglo xvii (1). Actualmente, en el Garet se desarrolla la explotación agrícola de la Compañía Española de Colonización, de cuya obra no he de hablar aquí por haberlo hecho ya con notable acierto el Sr. Suárez Inclán en su conferencia ante la Real Sociedad Geográfica, en mayo de 1918. Sólo diré que en aquel desierto en miniatura, que no otra cosa es el Garet, no he visto obra ninguna seria de irrigación, de manera que este año, en que reinaba en todo el Rif la más espantosa sequía, costaba trabajo descubrir en el terreno alguna desmedrada espiga, único indicio que allí había de cultivo. Indicio vegetal, se entiende, porque en la fauna la completa ausencia de mamíferos salvajes, grandes o chicos, es la mejor señal de que allí ha llegado la agricultura.

De aves tampoco hay gran variedad, viéndose sólo numerosas cogujadas (*Galerida*) de plumaje rojizo, representando las dos especies que viven juntas en toda la región mediterránea, algunos alimoches, cigüeñas que debèn venir de muy lejos en busca de insectos y reptiles que pululan entre los pedruscos, y sobre todo, muchísimos cuervos que frecuentan el estercolero del campamento. Juntamente con estos últimos, se veía todos los días una pareja de *Comatibis eremita* que venía desde las orillas del Muluya, y que no pude tener a tiro por tratarse de un ave muy recelosa, a consecuencia de la persecución de que la hacen objeto los argelinos, que comen su carne. En ortópteros la variedad era muy grande, pero sólo se encontraban larvas, sin duda como una consecuencia de la sequía. De lo único que había verdadera abundancia era de anfibios y reptiles, especialmente ranas y galápagos, en el río Tegaud, que, como la mayor parte de los ríos marroquíes, es de los que dejan en buen lugar a nuestro desprestigiado Manzanares, y también de caracoles del género *Helix*, que cubren por completo el suelo y la vegetación.

Los indígenas del Garet, pertenecientes a la kabila de Beni-bu-

(1) PIERRE VANDER AA: *La Galerie agréable du Monde; Afrique*, lámina 23. El libro no lleva el año de la edición, pero los tomos de España están dedicados a Felipe V, lo que permite colegir la fecha aproximada.

Yaji, dedícanse principalmente al pastoreo, criando muchos carneros de cabeza negra, camellos de una raza más pequeña que los que se ven en Larache y Alcazarquivir, y borriquillos de cortísima alzada. Los pocos caballos que se ven allí proceden del valle del Muluya, sobre todo de los Beni Snassen, y el ganado vacuno de Guelaia. Pasan los tales indígenas por ser la gente más sucia de Marruecos, que ya es decir algo; pero su desaseo se explica en una región donde no hay agua y donde, en cambio, el viento sopla constantemente, levantando una polvareda rojiza que cubre por igual a los hombres, a los animales y a la vegetación, esta última pobrísima, constituida por espinos de poca altura y matas raquílicas de *Calendula arvensis*, *C. ægyptiaca*, *Echium creticum*, *Centaurea involucrata*, *Fumaria capreolata* y *Asteriscus spinosus*; este último abundantísimo.

Mi plan era pasar de la llanura del Garet a la del Zebra, donde se halla establecida la kabila de Ulad-Setutt, atravesando por el puerto de Sidi Sadik la cadena de montañuelas que se extiende entre ambas y une la Sierra de Kebdana con los montes Ziata; pero se me recomendó no hacer este camino mientras no contase con escolta, y pasaban días y la escolta no llegaba.

Las operaciones, por fortuna sin derramamiento de sangre, no llevaban trazas de terminar, y desde nuestro alojamiento, en casa del cartero de Monte Arrui, oíamos durante la noche pasar la caballería y los camiones automóviles en dirección al Guerruao. Para colmo de males, tampoco había en todo el Garet caballerías para el viaje; los colonos necesitaban las pocas de que podían disponer, y la sequía, con su compañera el hambre, habían empujado a Argelia casi toda la población indígena masculina, con sus bestias de carga, lo que se revelaba en la desanimación del zoco semanal, que el domingo se celebra al pie mismo de la posición militar. Por fin, el día 15, cansado de perder el tiempo en el Garet, decidí volver atrás por ferrocarril hasta Zeluán, y allí tomar un coche de los que, por la carretera de Muley Rechid, van hasta el Zaio o hasta Berkane, en la zona francesa. El camino era menos interesante, y no sería posible cazar en el trayecto, pero así podíamos ir solos mi ayudante y yo.

Mis recuerdos de Zeluán, cuartel general de Muley Hassan cuando su expedición contra las kabilas del Muluya, y corte, más tarde, del famoso Rogui, no tienen nada de agradables. Con todo el bagaje embalado, sin poder cazar ni estudiar, la tarde y la noche que pasamos en aquel mísero poblado, envueltos en una nube de polvo sucio que nos cegaba, fueron para mí las más aburridas de mi vida. Y no era una impresión personal; los escasos seres humanos

con quienes tuvimos ocasión de hablar, estaban tan aburridos como nosotros. El centinela de la Alcazaba, muerto de tedio, se distraía escribiendo en la pared con el cuchillo de su fusil.

El viaje de Zeluán al Zaio a mediados de mayo y en la desventajada jardinera que hace este servicio cada dos días, representó tres horas y cuarto de calor, de polvo y de infernal traqueteo. La carretera, tan buena como las peores de España, llega hasta el puerto de Muley Rechid, subiendo en 14 kilómetros y medio un desnivel de unos 320 metros. Desde este puerto se domina, hacia el N. W., el extenso panorama de las llanuras del Garet y de Buerger, con la Mar Chica, Melilla y el cabo de Tres Forcas a la izquierda, y al fondo el macizo montañoso de Guelaya. Pasado este punto, que vigila un puesto de policía indígena, queda una docena de kilómetros por camino de herradura, sobre el que salta el coche como una pelota. A cada paso, nos encontramos con carros españoles cargados de leña o de carbón vegetal, que se obtiene a expensas de la escasa vegetación arbórea del Rif, sin que nadie piense en repoblación forestal ni cosa que se le parezca, por supuesto. A esta forma de barbarie llaman algunos aprovechamiento industrial de Marruecos.

La posición militar de Tumiát-Zaio, al pie de la sierra de Kebdana y dominando la llanura del Zebra, es la mejor que España tiene en todo el Rif. La cercana fuente, Ain Zaio, de aguas frescas y dulcísimas, permite comodidades en aquel país muy raras, incluso la instalación de cuartos de baño y retretes inodoros, y en vez de un campamento, hay allí un verdadero cuartel, dividido en pabellones. Cortésmente recibido por la oficialidad de la compañía de Melilla que guarnecía la posición, fué muy especialmente objeto de toda clase de atenciones por parte del médico militar que está al frente de dispensario indígena, Dr. Elías Nájer; del teniente veterinario, D. Alvaro Arciniega, joven de cultura poco común y verdadero virtuoso del violín; del teniente de policía indígena, D. Francisco Calvet, y del de Intendencia, D. Vicente Aycart. Estos cuatro oficiales no perdonaron medio para hacerme agradable la estancia en el Zaio, ya de suyo grata por lo interesante de la región desde todos los puntos de vista.

La llanura del Zebra, que toma este nombre de su río más importante después del Muluya, se extiende hasta la misma orilla de este último, ocupando una extensión bastante más reducida que el Garet, pero aventajando a éste, en cambio, en la abundancia de vegetación, constituida principalmente por arbustos de varias clases, tuyas y lentiscos. En Ain Zaio, donde la posición tiene su aguada, el arbolado es más espeso y corpulento, viéndose algunos terebin-



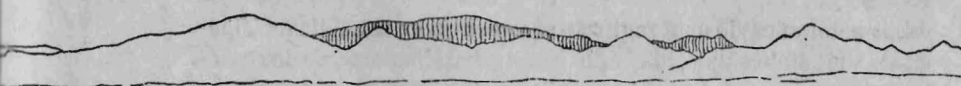
Macizo montañoso de Guelma visto desde Monte Arrui.



Cadena de montañas que separa la llanura del Garet de la del Guerruao, vista desde Monte Arrui.



Teniét Rmila.



Peineta (Sebat-u-Riyel).

La Sierra de Kebdana y el macizo del Guens, desde Zeluán.



El Guens.



es que cierran por el Oeste la llanura del Zebra, vistos desde la posición de Tumiát-Zaio.



La Sierra de Beni Snassen, en la zona francesa, vista desde la posición de Tumiát-Zaio.

tos e higueras gigantescos. El bosque, cortado por algunos terrenos de cultivo que cercan enormes chumberas, trepa por las primeras estribaciones de la sierra de Kibdana, que presentan allí curiosos acantilados, como el del risco o peñasco del Soltero (Yerf l'Azseri), que debe su nombre a una curiosa tradición relacionada con las abejas silvestres. En aquella espesura abundan numerosas especies de aves, entre ellas *Turdus merula algira*, *Carduelis carduelis africanus*, *Turtur turtur*, un *Lanius* y otras de que obtuve algunos ejemplares, mientras en la llanura son frecuentes la «kubba» o cogujada, otra especie de *Lanius* (*L. algeriensis*) y la perdiz africana (*Alectoris barbara*), que los indígenas llaman «hashla» en árabe y «tescurz» en shelja. En el torrente que forman los tres manantiales de Ain Zaio pululan las ranas, de un tamaño enorme.

Los habitantes de esta región, que constituyen la kabila de Ulad-Settut, son árabes nómadas, en vez de bereberes como los gue-laias y kibdaniés; pastores de camellos y de carneros, que viven en aduares de amplias tiendas hechas con tupido tejido de esparto. Con ellos conviven algunos beni-snassen, que, no conformes con la dominación francesa, han venido desde el otro lado del Muluya. Uno de estos inmigrados es el sargento de policía Mechdub Ben Ab'Selam, encargado de la vigilancia del vado de Saf-Saf, por donde el coche de Zeluán pasa a la zona francesa. Este sargento es uno de los buenos amigos que España tiene en Marruecos. Todos los varones de su aduar son policías. Hermano del kaid Abdalah, oficial moro que murió como un bravo en el Kert, él mismo tiene como recuerdo de aquel combate una bala que no le ha podido ser extraída, y que, ocasionándole vivos dolores en el costado, pone en su rostro un constante sello de sufrimiento mal reprimido.

Mechdub encarna el tipo legendario del beduino gran señor, del hombre «de jaima grande», propietario de hermosos caballos y lebbres de pura raza, que sabe obsequiar a sus amigos como un verdadero noble. Invitado por él a cazar a orillas del Muluya, los dos días que pasé en su tienda serán siempre para mí el más grato recuerdo de esta expedición. El segundo de estos días, el oficial del puesto francés que hay al otro lado del vado tuvo la atención de invitarme a cenar en su compañía, y no necesito decir si fueron agradables los momentos pasados por dos hijos de naciones amigas en aquel apartado paraje, comunicándose impresiones y dándose noticias del mundo civilizado que quedaba atrás.

El Muluya es en aquel sitio muy ancho, aunque no muy profundo, y sus orillas son muy arenosas y pobladas de tarais y frondosas adelfas. Tenía yo la intención de haberlo visitado unos diez kilóme-

tros más arriba, en Méxera-el-Melja (el vado de la Sal), donde se halla establecida la Granja Experimental del Estado y donde esperaba ver algo interesante respecto a ganadería; pero un suceso sangriento, el único ocurrido en toda la región durante mi estancia, vino a impedirlo. Un obrero judío hirió en riña al hijo del encargado de la Granja (el director vive en Melilla), y agresor y herido fueron traídos al Zaio. Con este motivo, tuve ocasión de hablar con dicho encargado, para quien tenía una recomendación, y por él supe que en la Granja «no había nada de interés, que no se había hecho nada que mereciese la pena de molestarse en ir hasta allí».

Cerca de una semana llevaba entre los Ulad-Settut, cuando por fin llegó la escolta ofrecida, una pareja de policías que el Comandante general ponía amablemente a mis órdenes hasta el momento de embarcar para España. Con una delicadeza que nunca sabré agradecer bastante, el general Aizpuru había escogido dos cazadores de profesión, comprendiendo que así me serían más útiles. Tiradores diestrísimos, profundos conocedores de la fauna de pelo y pluma, de sus costumbres y de sus guaridas, a ellos debo la mitad, por lo menos, del éxito de la excursión; hombres de recursos, enérgicos, fieles, atentos y bien quistos en todas partes, a no ser por ellos, más de una vez me hubiera sido difícil encontrar alojamiento, comida o acémilas, cosas difíciles de conseguir por las circunstancias creadas por las operaciones y la emigración a Argelia. Los dos hermanos (pues hermanos eran) Moj y Rabah Bu Mojamedi, pertenecían a la kabila de Kebdana; pero no eran bereberes ni árabes, sino gitanos. En Kebdana hay bastantes familias de raza gitana, que profesan el mahometismo; pero tienen costumbres algo diferentes de los demás musulmanes. Los moros gitanos son monógamos y tratan a sus mujeres con más consideración que los demás marroquíes, ayudándolas en los quehaceres domésticos y no impidiendo que hablen y saluden a los hombres. Algunas veces, ellos se casan con moras, que parecen muy satisfechas de mejorar así de condición; pero las gitanas no contraen matrimonio más que con gitanos. Casi todos viven, como los antiguos trovadores, del arte musical, buscándoseles para que hagan música y bailen en bodas y otras fiestas. El menor de mis dos policías, Rabah, es un cantor afamado en todo el Rif, y más de una vez su clara voz de tenor, entonando canciones argelinas a dúo con un hermano más pequeño a quien llevábamos de espolista, vino a disipar mi tedio durante las largas marchas. Los gitanos cantan en las fiestas al compás del pandero y de una doble flauta o doble cuerno, semejante al clásico instrumento griego, que sustituye a la «gusba» o flauta, de uso general en el Rif.

Desde el momento que dispuse de los policías pude alejarme

libremente de las posiciones militares, en cuyos contornos, como puede suponerse, no hay manera de hacer una recolección zoológica verdaderamente provechosa. El 27 de mayo, muy de mañana, salimos para Cabo de Agua, ahora ya a caballo y con el bagaje a lomo. Dirigiéndonos en línea recta hacia el E. por un camino a trechos muy malo, pero siempre muy pintoresco, llegamos a orillas del Muluya, unos ocho kilómetros más abajo del vado de Saf-Saf, y luego seguimos el río hasta el Zoco el Yemua de Yebara, desde el cual, por carretera y viendo constantemente ante nosotros el bello panorama de las Chafarinas, llegamos a Cabo de Agua a las nueve horas de abandonar el Zaio. Las orillas del río son ricas en caza, y durante la marcha se obtuvieron algunas aves.

En Cabo de Agua fuí muy cortésmente atendido por el comandante de la posición y por el teniente Aguilera, de la policía indígena. Este es el único sitio donde vi cosechas realmente prósperas y verdadera abundancia de caza, tanto entre las cebadas como en los extensos campos de esparto, donde las liebres, las perdices y los alcaravanes podían haberse matado a docenas. También allí encontré el *Comatibis*, pero no muy abundante y siempre muy huído, completamente fuera de tiro. El episodio culminante de mi estancia en Cabo de Agua fué una excursión de día y medio a los montes de Bu Hassan en lo más abrupto de la sierra de Kebdana, para cazar el jabalí. La localidad es sumamente pintoresca, y sin duda excelente para, con mayor detención, recoger abundantes ejemplares de todos los grupos zoológicos representados en la fauna de montaña. Una diferencia curiosa que he notado entre los indígenas de esta sierra y los de Anyera, en Yebala, es que los kebdaníes no viven como estos últimos, en poblados o caseríos, sino en casas aisladas, solitarias, aun cuando a veces se ven unas desde otras por estar todas situadas en las cimas, a la manera de los antiguos castillos feudales. La gente de Kebdana es bereber, de rama zenete, y habla el zenetia, variante dialectal del shelja, mirando con cierto desprecio a los árabes de la llanura. Unos y otros, dicho sea de paso, no se consideran como rifeños. Para ellos el Rif empieza en Guelaia y Beni bu Yají, aunque políticamente su país ha sido siempre incluido en aquella denominación.

El día 2 de junio salí con mi preparador, policías y acemileros para Zoco el Arbáa de Arkemán, siguiendo el camino de Mía Jenedek (Ciento un barrancos), que nuestro consocio el Sr. Fernández Navarro recorrió en su expedición geológica de 1907, en los días en que el famoso Rogui dominaba en esta región. El nombre del camino ya da idea de sus dificultades, pues aunque los barrancos que lo cruzan normalmente a la línea de la costa, o por lo menos

los que yo pasé, no son más que 36, algunos de ellos bien valeⁿ por diez, tales son de abruptos e intrincados. Baste decir que siendo la distancia que separa a Cabo de Agua del Zoco el Arbáa de unos 30 kilómetros, al paso de las caballerías de carga se tardan unas nueve horas en recorrerlo.

Zoco el Arbáa, cabecera de mía de policía, ocupa el extremo oriental de la Mar Chica. No es campamento militar, sino un poblado semiespañol, semiindígena, formado por tres o cuatro filas de casas con el cuartel de policía en un extremo y en el otro la oficina de asuntos indígenas y el consultorio médico. Ausente en operaciones el capitán de la mía, el jefe accidental, teniente Garzón, y el médico militar me atendieron con exquisita amabilidad. El segundo me habló con gran detalle sobre las víctimas que en la región hace un parásito que los moros contraen, al parecer, bebiendo ciertas aguas, y que a juzgar por la descripción del animal y de los síntomas, debe ser la *Bilharzia hæmatobia*.

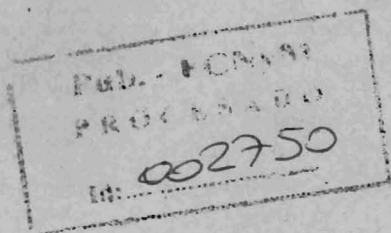
El principal motivo que me llevó a Zoco el Arbáa era ver si podía encontrar flamencos; pero tan interesantes aves, que según me dijeron mis policías, se encuentran allí a centenares en el invierno, entonces eran muy raras. Sólo vimos uno en una laguna, al cual tiró Rabah sin darle, por haber apuntado demasiado bajo para no herir a la gente que andaba por la orilla, y cuatro o cinco volando. Los indígenas conocen bien al *attax*, como llaman en shelja al *Phœnicopterus*, y todos me dijeron que en la costa del Rif no cría; es muy posible que, después de todo, los que allí hay en invierno sean los que en primavera anidan en el bajo Guadalquivir. Por un momento concebí alguna esperanza de verlos también anidando junto a la Mar Chica, al decirme el dueño de nuestro alojamiento que un moro le había vendido un huevo de flamenco; pero examinado el tal huevo, resultó ser de una rapaz, probablemente de *Pandion haliaetus*.

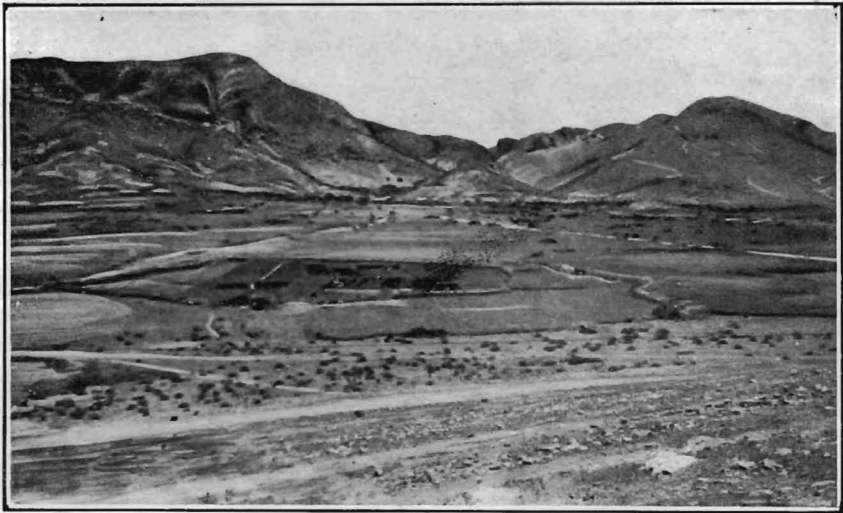
Desde Zoco el Arbáa hice una segunda excursión a la sierra de Kibdana, yendo esta vez a Bu Ankud, donde tienen su casa los policías que me acompañaron. Los excelentes muchachos, sus padres y hermanos, hicieron cuanto pudieron por obsequiarme y hacerme agradables los dos días que allí pasé. De esta localidad obtuve varios ejemplares de insectívoros del género *Elephantulus*, que pude conservar vivos hasta el día antes de embarcar en Melilla, lo que me permitió hacer sobre ellos algunas observaciones que creo serán de interés cuando se publiquen, por tratarse de animales que rara vez hay ocasión de observar en cautividad. Hace algunos años, los *Elephantulus*, lo mismo que los gerbos, se encontraban casi a las puertas de Melilla, pero hoy es preciso alejar-

se bastante para encontrarlos. Según parece, más que del hombre huyen de las ratas, que poco a poco van propagándose por el país.

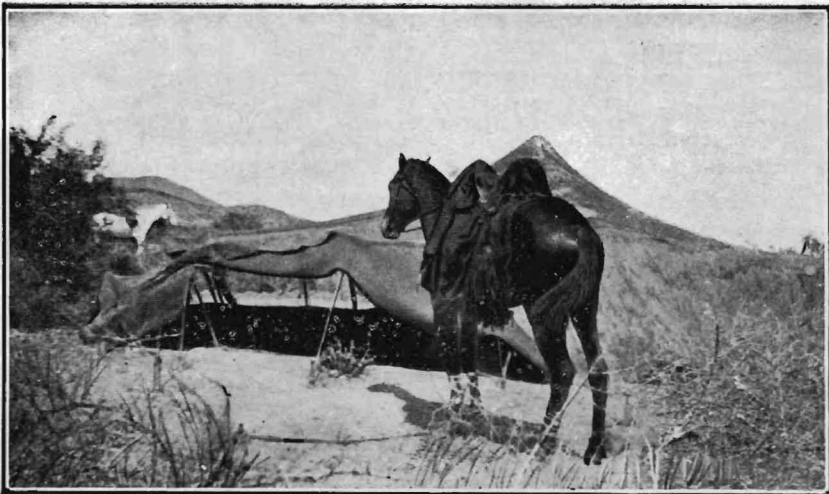
Al día siguiente de volver de Bu Ankud, un cárbano moro que hube de fletar para el caso, como si se tratase de una larga navegación, nos llevó a mí, a los míos y a mi bagaje a través de la Mar Chica, hasta Melilla. Aquí permanecí tres días, los indispensables para descansar un poco, poner en orden y embalar los frutos de la excursión, y despedirme del Comandante general y de las demás personas que me habían mostrado afecto o interés, y al mes y medio justo de mi marcha, regresé a Madrid. De este tiempo había dedicado a trabajos de campo veintitrés días, en los cuales obtuve ejemplares de nueve especies de mamíferos, diez y seis de aves, siete de reptiles, dos de anfibios, numerosos insectos y nueve especies de plantas, características estas últimas de la mísera flora del Garet, recogiendo además abundantes datos sobre fauna en general y sobre ganadería caballar, y tomando unas ochenta fotografías y gran número de croquis de interés zoológico, etnográfico o topográfico.

No terminaré sin hacer pública desde aquí mi gratitud al Ministerio de Estado y al Alto Comisario de España en Marruecos, por el apoyo tan generosamente prestado a esta expedición, así como al Excmo. Sr. D. Luis Aizpuru, Comandante general de Melilla, y a cuantas personas contribuyeron a hacer más fácil y agradable mi labor en África, especialmente a los antes mencionados oficiales de la posición del Zaio, al teniente coronel de Oficinas Militares señor Candelarese, al capitán veterinario Sr. Bravo Carbonel, a los tenientes de policía señores Calvet, Aguilera y Cibantos, al cultísimo y laborioso secretario de la Cámara de Comercio Sr. Fernández de Castro, al subdelegado de Farmacia D. Emilio Sánchez Ferrer y al funcionario de Correos Sr. Jiménez Athy; y entre el elemento indígena, al bravo sargento Mexdub Ben Ab'selam, al Hach Ahmad de la kabila de Kibdana y a los policías Moj y Rabah Bu Mojamedí y Hammuar Ben Yahia, todos los cuales, a su manera y en la medida de sus fuerzas, se hicieron sobradamente acreedores a mi agradecimiento.





Extremo norte de la llanura del Zebra y primeras estribaciones de la Sierra de Kbdana.
(A la izquierda, Yebel Zaio; a la derecha, los cerros de Galb el Aleb y Nbila; en la depresión
que los separa, Yerf el Azseri)

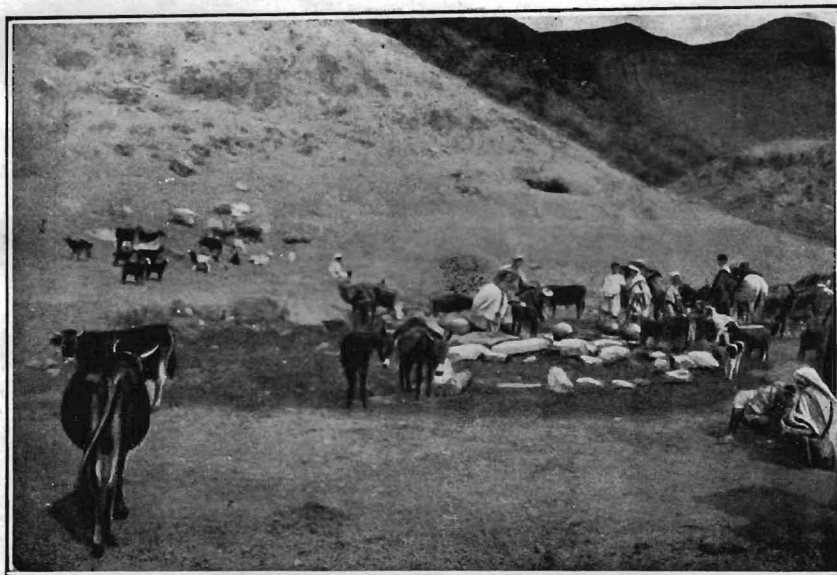


Jaima de los Ulad Settut, en la llanura del Zebra.

(Fots. Cabrera.)



La llanura del Zebra desde Tumiat Zaic, en dirección oeste. (Al fondo, hacia la derecha, el puerto de Muley Rechid.)



Pozo de Bu Ankud, en la Sierra de Kebdana,

(Fots. Cabrera)